

principio—, Borges no fue ajeno a una lectura y escritura con claros propósitos de canonización.

DANIEL ZAVALA

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

SILVIA BERMÚDEZ, *La esfinge de la escritura: la poesía ética de Blanca Varela*. Juan de la Cuesta, Newark, DE, 2005; 151 pp.

En el campo de la crítica literaria actual hay, además de un impresionismo irresponsable, una confusión en los términos utilizados para calificar el texto literario y discernir sobre él. Pareciera como si la crítica del texto hubiera caído en desgracia y fuera posible intercambiar su lenguaje sin mayor precaución con el de cualquier otra disciplina, sin importar si se trata de sociología o matemáticas. No dudo que estos acercamientos sean enriquecedores, pero sería recomendable hacerlos con respeto por el texto estudiado y, sobre todo, por el lector con quien se pretende compartir el gozo y placer de un texto poético.

Surgido como tesis doctoral, el trabajo de Bermúdez llama la atención con una aparente y prometedora antítesis: *poesía-ética*. El primer término referido al texto literario, al *hacer* (palabra de donde deriva etimológicamente), y el otro al *carácter* o, mejor dicho, a las *costumbres* de quien lo compone. La primera considera que estudia el texto en su inmanencia. La segunda se interna en los terrenos de la pragmática, cuando no entra de lleno en lo extratextual. Aparentemente, Bermúdez pretende buscar en la poesía de Blanca Varela (Lima, 1926) un *ethos* del poeta latinoamericano. Por ello, resulta extraño que su análisis no tarde en deslizarse hacia el estudio de género.

¿De qué modo podemos preguntarnos por la ética de un acto, en este caso un acto poético? El sentido más tradicional del término “ético” sería, según la definición de José Ferrater Mora, saber hasta qué punto una acción, una cualidad, una “virtud” o un modo de ser se originan o no en las costumbres de una comunidad; o bien, siguiendo la evolución del vocablo, si corresponden o no con sus preceptos morales.

Que el ejercicio poético de Blanca Varela pudiera pensarse como ético en este sentido pareciera sustentarlo la introducción de *La esfinge de la escritura*, pues en ella Bermúdez presenta a Varela como poeta ajena a los juegos de poder y a los procesos de legitimación artificial del prestigio literario. Una poeta ajena a las *costumbres* de nuestro campo de producción cultural (uso el metalenguaje de Pierre Bourdieu al que acude Bermúdez) que, dicho sea de paso, ha engendra-

do un falseamiento del gusto en la poesía hispanoamericana. “Odio todo lo que tenga que ver con el éxito y con el poder”, dice Varela en una cita rescatada por Bermúdez. La poeta limeña, según la académica, concibe el texto poético a contracorriente del discurso de una realidad sociocultural donde la inmoralidad pública es moneda corriente y donde la escritura, por lo tanto, debe aspirar a ser ética, en cuanto crítica de las *costumbres* de su comunidad. Recuerdo ahora al poeta mexicano Héctor Carreto, quien me dijo en una entrevista: “Los poetas hispanoamericanos no pueden darse el lujo de escribir como si vivieran en Suiza”. A la vieja pregunta de Hölderlin, “¿Para qué poetas en tiempos de miseria?”, Varela responde: “La corrupción del lenguaje público, del discurso institucional, ha falsificado todo el lenguaje. Sólo la palabra poética, que por el hecho de ser creadora lleva en su raíz la denuncia, restituye al lenguaje su verdad. He aquí uno de los ejes centrales de la función social... del arte: la restauración de un lenguaje comunitario deteriorado o corrupto, es decir, la posibilidad *histórica* de dar un sentido más puro a las palabras de la tribu” (p. 30).

Sin embargo, Bermúdez olvida pronto sus buenas intenciones y se dedica a estudiar sólo dos dilemas “éticos” en su libro: en primer lugar, la “peruanidad” o identidad nacional en la poesía de Varela; después, la noción de género y los presuntos problemas que le acarrearía la elección de una identidad masculina como sujeto de enunciación de los poemas.

Resulta peligroso convertir estos temas en problemas éticos, porque los limita y encierra en un marco teórico que, al enfocarse *a priori* en la llamada crítica de género y en su presunta correspondencia ética, no se basta para observar plenamente la poesía de Varela. Así, frente a un texto como “El capitán” (del libro *Ese puerto existe*), Bermúdez ignora el elemento romántico e interpreta que el homenaje a Espronceda, más allá de la melancolía y la subjetividad, “deja en claro que sólo desde una voz poética masculina sería posible habitar estos espacios de poderío, fuerza y valor, cualidades que se asocian con el heroísmo y se asignan a la masculinidad”. Después, psicoanalizando de modo peligroso, considera, por ejemplo, que el verso inicial del libro *Valses y otras falsas confesiones* (“No sé si te amo o te aborrezco / como si hubieras muerto antes de tiempo”) lleva implícita una dedicatoria a la madre de la poeta, y sostiene esta interpretación, desechando incluso un comentario de Varela (“se piensa equivocadamente que está dedicado a mi madre. «Valses» es un poema a Lima”) y afirmando que, si bien Varela compone un símbolo de la ciudad como madre, “debido a la inusual inscripción de claras marcas autobiográficas, a esta particular subjetividad lírica hemos de identificarla con la propia autora”. Ambiguamente, Bermúdez afirma que la poesía de Varela nos obliga a hacer un alto en el camino “para tomar la responsabili-

dad ética de encontrar respuestas a las interrogantes que nos lanza la vida”, pero, al mismo tiempo, no tiene reparos en dejar a sus lectores llenos de dudas sobre su definición de la ética, la masculinidad o la subjetividad lírica.

No resulta ocioso señalar la inconsistencia en la adjetivación del apellido al utilizar indistintamente “vareliano” y “valeriano”. Se trata de un detalle que, sumado al olvido de las comillas al final de algunas citas, da a la obra un aspecto descuidado, impropio de una casa editorial que honra con su nombre al primer impresor del Quijote.

CARLOS ROBERTO CONDE ROMERO  
El Colegio de México